

SICILIA, ES DECIR EL MUNDO

• Elio Vittorini; **LAS CIUDADES DEL MUNDO.** Barcelona, Barral Editores, 1971, 350 pp. (D. Aifa.)

A su muerte, ocurrida en 1966, el novelista siciliano Elio Vittorini dejó mecanografiada y encarpetada la versión de lo que se pensó era una novela ya completa. Se publica ahora con uno de los dos títulos que había proyectado: el otro era "Los derechos del hombre". En esta publicación postuma se agregan variaciones de tres o cuatro capítulos algunos explícitamente descartados por Vittorini.

Se trata, por propia confesión del autor, de un experimento narrativo con el que intentaba renovar la técnica descriptiva a fin de conseguir una especie de novela escénica adaptable a guión cinematográfico o teatral. La técnica utilizada no es, sin embargo, muy revolucionaria: se reduce a saltar de unos personajes a otros, todos ellos deambulando, ya no en tierra de aventuras, como podría ser la Mancha sino en donde no parece haberlas al menos de las más gordas, como es Sicilia. Las parejas de Quijote-Sancho tienen que ofrecerse aquí, por consiguiente, con perfiles menos parcializados y apaciguados por un conformismo que hace que todos formen parte, en cierto modo, de la procesión de los galeotes. Así van un pastor y su hijo ya muchacho, otro con un hijo menor al que busca abandonar, dos camioneros, azufreiros, una prostituta con otra que no consigue serlo, y un par de campesinos recién casados, con su luna de miel a salto de mata. Todos van sin rumbo definido, aunque a veces lo tengan; más bien girando en redondo, como si supieran que habrán de volver finalmente al punto de partida. Un deterioro a plazo variable acecha a todos y a cada uno de los personajes. Y es que el mundo en que se desplazan está ominosamente cerrado. Esperanza, si las hay, sólo es posible evizorarlas en algún temperamento aislado, como pe-

stabilidad estrictamente personal. No podía ser por lo tanto muy promisorio el provecho que el autor pensó quizás extraer de la propensión universalista que la novela tiene como género. Debe concedérsese el mérito de no buscar valerse, como compensación, del atractivo de fáciles puntos-resquismos, aunque lejos de desaprovecharlos prodigue un repertorio muy matizado de particularidades locales. La visible ambición de Vittorini por sobre todo particularismo, es ofrecer una visión panorámica de la humanidad. Sicilia es el mundo; cualquier ciudad es Jerusalén, o Samarcanda, o Ur, o hasta, inesperadamente, Tucumán; y es también el ayer tanto como el hoy. Los temas de vigencia más pérfidos es decir el separatismo, el fascismo, las tensiones entre las clases sociales, apenas si se rozan de pasada, aunque no falten páginas en las que se describen, en tono de denuncia, algunos desmanes específicos de terratenientes, así como episodios magistralmente insinuados, como esa subrepticia, aunque visible, desertión de obreros, empleados y campesinos, un día dado, de sus obligaciones, para reunirse y disolverse sin que conste oficialmente, que haya pasado nada, lo que al fin de cuentas viene a ser verdad.

Teniendo en cuenta que, a través de esta versión, el procedimiento utilizado aparece en suma como superior a su realización, nos vemos inducidos a pensar que el autor se reservaba algunas cartas claves que aquí no figuran.

Tal como se nos ofrece ahora el libro nos deja, en efecto, la equívoca impresión de que Vittorini tampoco sabía bien a dónde iba, pero cuesta conciliar esa impresión con el afán incansante con que amontona sus escenas. No cabe concebir que el uso constante de pantalla ancha y el tono con que aquí y allá insinúa alguna intención trascendente, tengan como resultado una recopilación que apenas si parece aspirar a algo más que a la estadística. El propósito, evidente aunque no expreso, es tomar Sicilia como pretexto para dar cuenta de la humanidad. Y la humanidad no puede ser, para el autor como para nadie, un montón de hombres sucesivos. Por significativo que cada uno de ellos resulte, considerados separadamente.

WASHINGTON LOCKHART

Viernes 14 de julio de 1972